

ración que no se ajuste a él es inmoral o retórica. El desafío está en saber si el grito que cuajó en el verano del 76 puede conducir a los hombres del teatro catalán a crear espectáculos a tono con la ambición política de sus planteamientos —“un teatro al servicio del pueblo”— y con la responsabilidad histórica que asumen. Y ello a través del error, de la autocrítica y de la lucha contra esa ingenuidad que el franquismo elevó a categoría de “status” en tantas menesterosas manifestaciones de la oposición. ■ J. M. Foto: PILAR AYMERICH.

## DISCOS

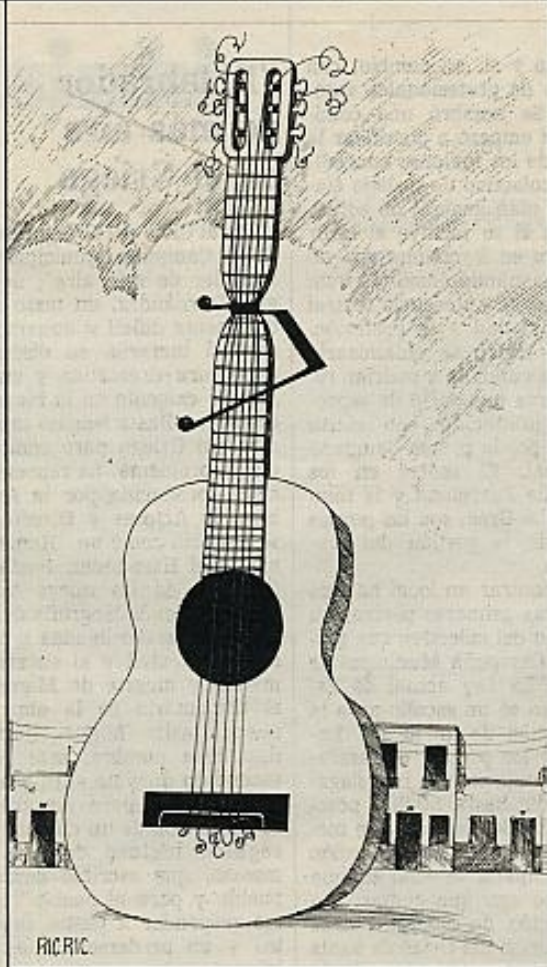
### El zarpazo de Pink Floyd

Pink Floyd constituyen un blanco-fácil. El insulto que más frecuentemente se lanza contra ellos se refiere a que son un fraude, nada más que proveedores de “muzak” cósmico, de simple música de fondo con pretensiones vanguardistas. Y algo hay de esto, aunque semejantes andanadas sean esencialmente la reacción inevitable ante las alabanzas indiscriminadas y extravagantes que han caído sobre la música de Pink Floyd en los años setenta. Este es un

grupo que ha sido sobrevalorado y que ha sufrido demasiados abrazos entusiastas, al que es difícil ver en su justa dimensión: cuatro músicos que confeccionan sus discos laboriosamente, estirando ideas sencillas para la creación de una atmósfera, cuidando sobre manera todos los detalles técnicos de producción —toma de sonido, efectos, mezclas— y la presentación externa del disco. Su música es “rock” suntuoso, un producto tan bien acabado que parece más de lo que en realidad es. Pero este no es el momento de estudiar las razones de la enorme popularidad de Pink Floyd en todos los países occidentales. Estamos ahora con el nuevo álbum del grupo (\*).

“Animals” es un disco que rompe con la trayectoria de la última etapa de Pink Floyd. Un LP que no puede ser utilizado como música ambiental; demasiado estridente, demasiado salvaje en su mensaje. Roger Waters ha recopilado una serie de ideas y melodías que se iban acumulando desde hace tiempo: “Sheep” y “Dogs” fueron presentadas en vivo en la gira de 1974. “Animals” resulta así un ataque directo contra ciertas personas e instituciones, un disco corrosivo que sorprendentemente viene firmado por Pink Floyd, con letras tan agresivas que hubo intentos de censurarlas: no cuesta mucho imaginar el horror de los timoratos ejecutivos de su compañía discográ-

(\*) Pink Floyd: “Animals” (EMI 10C 066-98434).



fica ante la tercera estrofa de “Cerdos” (Tres tipos diferentes), donde Waters se ensaña con Mary Whitehouse, persistente animadora de la cruzada contra la “inmoralidad” y portavoz de poderosos sectores de la sociedad inglesa.

La música de “Animals” es más áspera que lo habitual en un álbum de Pink Floyd: se abre y se cierra con “Cerdos volando”, una sencilla canción con el único acompañamiento de una guitarra acústica. “Dogs” recuerda los efectos deshumanizadores de lo que llaman “la lucha por la vida”; es impresionante cómo integran los ladridos —reales y artificiales— en las partes instrumentales del tema, que tiene un desarrollo típicamente pinkfloydiano. “Pigs” es una pieza muy rockera, con un Roger Waters más agresivo e insultante que nunca, un “angry young man” impaciente y desplazado. “Sheep” sigue el método habitual de comenzar suavemente hasta una explosión donde entran todos los instrumentos, destacando la ferocidad de la guitarra de David Gilmour, que tiene a su cargo una brillante coda; es el tema más orwelliano del disco y narra la rebelión —real o soñada— de las ovejas contra los perros, con

momentos humorísticos como la parodia del Salmo 23 seguidos por pasajes de música estremecedora.

“Animals” es un disco valiente e insólito en el panorama apático y conformista del “rock” actual. Con las palabras del corte final (“Sabes que me preocupo por ti. / Sé que te preocupas por mí. / Así que no me siento solo. / No me aplasta el peso de esta piedra”), Roger Waters recupera la credibilidad que algunos le negaban. Pink Floyd no se han adormecido por los vapores del éxito; todavía tienen la capacidad de indignarse. ■ DIEGO A. MANRIQUE.



Pink Floyd.

## CINE

### El fuego bajo el hielo

El esquema argumental de una relación erótica dificultada o imposibilitada por circunstancias externas (ideológicas, políticas, militares...) a sus protagonistas, ha sido utilizado nu-



merosísimas veces tanto en el campo de la literatura como en el del cine. Una de ellas por la escritora belga Marguerite Yourcenar en su novela "Le coup de grâce", publicada en 1936 y sobre la que —justo cuarenta años más tarde— Volker Schlöndorff ha basado su última película: "Der fangschuss" ("Tiro de gracia").

La relación erótica es aquí la existente entre Sophie von Reval y Erich von Lhomond, ambos aristócratas y que se reencontran muchos años después de haber compartido una etapa de infancia. Las circunstancias externas condicionantes vienen marcadas por el hecho de la guerra en el Báltico entre la nobleza y los bolcheviques durante 1919/1920. Pese a su común origen de clase, Erich y Sophie militan en bandos opuestos: él, como oficial autoritario y despiadado del Ejército represor; ella, como simpatizante y luego miembro de las partidas "rojas" que luchan por extender la Revolución soviética de 1917. El escenario de los contactos entre uno y otra se configura con todas las características de un "huis clos", tanto en un sentido físico como dramático, pues casi se limita a la mansión familiar de los Von Reval, convertida en bastión de resistencia de los soldados al mando de Erich y Konrad —hermano de Sophie—, unidos por una "camaradería viril" bajo la que se oculta una unión homosexual, y símbolo también esa mansión del encerramiento y la agonía de una clase social que siente muy próxima su desaparición.

Cara a esta historia, Schlöndorff aplica un estilo glacial, distanciado, que intenta objetivar el carácter de narración en primera persona que posee el



"Tiro de gracia" ("Der Fangschuss", 1976), de Volker Schlöndorff.

relato. Dedicado el film por el cineasta alemán "a Jean-Pierre Melville, mi primer maestro", se diría que con él ha querido realizar un "acto de fidelidad" a las constantes estéticas del homenajeador. Yo pienso que equivocadamente, porque "Tiro de gracia" precisaba o bien la profundización psicológica que permitiera matizar al máximo el contenido sadomasoquista de esta relación erótica, o bien —mejor aún— el apasionamiento romántico, melodramático incluso, que la historia de un amor irrealizable y trágico como éste pedía a viva voz. Porque sólo en los terrenos del sentimiento, de la "pasión más fuerte que la voluntad", la compleja y contradictoria atracción entre Sophie y Erich habría en-

perdida en el tratamiento de una historia individual-colectiva que debía y tenía que haber sido apasionante. ■ FERNANDO LARA

### "Hester Street"

Hay películas que se estrenan en las pantallas españolas con demasiada timidez. No arrastran una publicidad de multinacional ni premios ostentosos ni prohibiciones garantizadas de cierto interés. Son películas que a veces desaparecen a poco de su estreno, machacadas por esa urgencia con que deben consumirse las películas para que los distribuidores no dejen de amortizar sus locales o los dis-

sesión por adaptarse a ella. "Hester Street" no es sino que una de las muchas calles de un New York de principios de siglo, donde se hacinaban los emigrantes judíos en un sueño colectivo de transformarse en americanos. El breve, enfrentamiento de dos de esos personajes es el simple nudo argumental que necesita la Micklin Silver para trascender su película a la categoría de crónica histórica, si bien en el desarrollo de ese enfrentamiento va dibujando otras perspectivas: la inferioridad legal de la mujer para decidir sobre su propia vida y, paradójicamente, la tenacidad de una de esas mujeres por defender sus mínimos derechos.

Lo que resulta apasionante de "Hester Street" es la sencillez y



"Hester Street", de Joan Micklin Silver (1974).

contrado su lugar dramático natural.

De manera totalmente opuesta, Schlöndorff ha optado por la fórmula del "fuego que se esconde bajo el hielo"; es decir, de ocultar bajo una superficie de frialdad narrativa todo el mundo pasional de sus personajes, para así potenciarlo al máximo en la contemplación reflexiva del espectador. Se trata de una opción lícita, profundamente germánica (como pueden haberlo comprobado quienes hayan seguido el —tan interesante como discutible— ciclo de cine alemán exhibido semanas atrás en el madrileño Duplex), digna de estimación, pero con un peligro evidente: el academismo formal. Teniendo en cuenta que éste también ha sido siempre la máxima amenaza que se vislumbraba en la filmografía del autor de "El joven Törless" y "El honor perdido de Katharina Blum", comprenderemos quizá por qué "Tiro de gracia" nos deja este regusto de insatisfacción, de ocasión

tribuidores no se impacienten para dar salida a sus títulos norteamericanos. Películas que, sin embargo, en numerosas ocasiones no deberían pasar inadvertidas. Una de ellas es "Hester Street", primer largometraje de la norteamericana Joan Micklin Silver. Una película de apariencia modesta, sin reparto conocido, en blanco y negro, y que puede presentarse publicitariamente como volcada a una temática de poca actualidad. "Hester Street", por encima de esos atributos, es una pequeña obra maestra, resultado de un trabajo apasionado (posiblemente referido a vivencias personales de la directora, hija de emigrantes judíos en Norteamérica, como su propia protagonista) donde se mezclan la lucidez en el tratamiento de un problema colectivo con la sensibilidad de acercamiento a unos personajes concretos, el humor y un cierto desgarramiento al exponer la situación vital de quienes, fascinados por "la joven América", van dejando parta de sus vidas en la ob-

la eficacia de su desarrollo. Una extraordinaria actriz, Carol Kane, puede reclamar para ella un gran porcentaje de los aciertos de la película, por cuanto su incisivo sentido del humor se adapta fielmente a todo el que rodea la película y su capacidad expresiva es justamente la que Joan Micklin Silver utiliza como punto de apoyo para simplificar al máximo los elementos de su narración. Una combinación asombrosa que hizo de esta "Hester Street" una de las revelaciones del festival de Cannes de 1975, donde, presentada en la Semana de la Crítica, atrajo la atención de quienes no habían rechazado previamente la película por su ausencia de espectacularidad. Como parece ser que ocurre en otras ciudades españolas. De ahí que esta nota sólo pretenda llamar la atención sobre la existencia de esta película, estrenada ya con dos años de retraso y que no debería ser descubierta por los espectadores mucho más tarde. ■ DIEGO GALAN.